

EL ESTADO ABSORBENTE

Por JOSE VASCONCELOS

EL crecimiento inmoderado de los poderes y funciones del Gobierno, es, según Christopher Dawson—*Religion and The Modern State*—, el carácter más alarmante de la época moderna. En muchos aspectos nos hallamos en este sentido peor que bajo el Imperio Romano y en condiciones parecidas a las del despotismo de los pueblos asiáticos. A medida que el Estado se adueña de la economía nacional, se consolida un despotismo semejante al de las épocas más negras de la historia. Y la nueva situación encontraría alguna excusa si el régimen del Estado Totalitario acabase con la pobreza, pero lo que enseña la experiencia es que un Estado dominante, cargado de militarismo y burocracia aumenta la pobreza general en vez de disminuirla.

Para los espíritus nobles del mañana, la lucha contra el Estado será el ideal por excelencia, como lo fueron en su momento la lucha contra el señor feudal y más tarde contra el poder económico de la Iglesia y contra los abusos de la Monarquía. El Estado Totalitario, lo mismo en Rusia que en Italia, es una de las formas del anti Cristo, un triunfo de la materia sobre el espíritu.

En la actualidad, los agentes del comunismo internacional, disfrazados bajo el Frente Popular

o Frente Unico, que no desdeña la compañía de liberales y capitalistas, siempre que se titulen izquierdistas, nos presentan, como dilema forzoso, la elección entre comunismo y fascismo. Proponerle esta cuestión a un hombre honrado, dice el comentarista norteamericano Everett Dean Martin, es lo mismo que preguntarle si quiere pasar el resto de sus días en la prisión de Sing-Sing o en la de Alcatraz, en California. En efecto, se supone con toda mala fe que no existen como posibilidad del futuro, sino los dos regímenes malditos. Y añade Martin, con justicia: “La diferencia de comunismo y fascismo es verbal y accidental, pues tienen en común, ambos, tres principios: Revolución, Dictadura de una facción y Estado Corporativo. Convienen ambos en que hay que destruir por la violencia el aparato democrático y practican el terrorismo del partido que se declara de por sí, representante de las masas. Los fascistas hablan de nación y los comunistas usan el nombre del pro' ariado. Lo cierto, dice Martin, es que, aunque fascistas y nazistas hayan tenido al principio el apoyo de los capitalistas, tanto en Alemania como en Italia, los capitalistas y la alta burguesía se han quedado sin las garantías que derivaban de los regímenes cons-

titucionales anteriores y a merced de las conveniencias del partido del poder.

En realidad, es caso de ceguera el que lleva a ciertos industriales a prestar apoyo a movimientos fascistas que, al aumentar con exceso los gastos del Estado por el inevitable crecimiento de una burocracia insolente, preparan su propia ruina económica. El capitalismo tiene razones de sobra para mostrar fidelidad a la democracia; nació en ella, al amparo del liberalismo y sólo dentro de un liberalismo a la antigua, podría conservar sus privilegios por un período más o menos corto. La verdad es que la democracia, si no quiere desaparecer, tendrá que adoptar la plataforma socialista casi en su totalidad. Y tendrá que poner límites a la libertad individual, cuando ella conduce al acaparamiento de los bienes materiales, sin consideración a las exigencias de una sociedad civilizada. En todo caso el fascismo no representa los intereses del capital, sino un momento de desesperación de la clase media, que se erige en poder, a fin de vivir de los empleos públicos, después de que la pequeña propiedad rural queda arruinada por el agio de los banqueros y dado que los sindicatos, por lo común, le cierran el acceso a las fábricas. Y en esto precisamente está la infecundidad del fascismo, en que sólo crea burocracia que se pone a gravitar sobre la producción. A la larga es un régimen ruinoso para la economía. Además, al suprimir la libertad provoca el suicidio colectivo del espíritu. Coincide en esto con el comunismo. Y no es de creerse, por lo mismo, que sobreviva, a no ser que la civilización occidental degenera hacia la satrapía de los pueblos de Oriente, a condición parecida a la de los Incas del Perú, a la llegada de los españoles. Regímenes de esclavitud y de decadencia que consuman la destrucción de una raza, la liquidación de una era.

El llamado a la patria, que es otro recurso fascista, hoy imitado por los soviets, es también ideal

subordinado al concepto superior de la vida universal conforme al espíritu. Es legítimo como reacción contra el falso internacionalismo imperialista, pero una vez que desaparezcan los Imperios, el patriotismo nacional también volverá a sus justos límites, colocado en la tabla de los valores humanos, muy abajo del concepto general de humanidad; por debajo también de los valores universales como la justicia, la libertad, la religión, el arte, la cultura. En el aspecto del nacionalismo, el fascismo llena una necesidad de salvación; era preciso levantar el ánimo de las naciones decaídas. El triunfo de Mussolini está en haber devuelto a los latinos todos, la confianza en su poderío y su destino. Y justo es también reconocer que en este particular, también, Lenine, vió claro cuando recomendó que se apoyara el nacionalismo de las naciones supereditadas a los grandes Imperios comerciales de su tiempo.

En cuanto a los comunistas, es obvio que la llamada Dictadura del Proletariado no ha dado el poder a los obreros, sino al grupo de políticos radicales que dicen amar el laborismo, pero odian el trabajo. En otros escritos hemos señalado la circunstancia: los líderes del comunismo, comenzando por Marx y Lenine, y terminando con el último orador de ocasión, no han sido obreros o han dejado de serlo. En Rusia el comunismo ha creado la burocracia del Partido, es decir, una casta privilegiada equivalente a la feudal, idéntica a la milicia de todos los tiempos y que sólo se diferencia del burgués en que no acumula riqueza, pero la consume y disfruta de los beneficios de buena casa, buen alimento, pasajes de primera en los trenes y mujeres bonitas a discreción, dada la facilidad de los divorcios, todo mientras la masa se ve endiosada, pero no alimentada; adulada en teoría, y en la práctica, brutalmente expoliada.

